

VICENTE MENGOD

DE MIS VEINTE DIAS CON
UNAMUNO

EL DIRECTOR del Colegio Universitario de España, en París, me había dicho muy ceremonioso:

—Procure estar en la Biblioteca a partir de las ocho de la mañana. Esta noche llega don Miguel. Su primera visita será a su mínimo palacio de la sabiduría.

En efecto, antes de la hora indicada yo estaba en mi puesto. En los grandes anaqueles, varios libros, dos centenares de volúmenes, encuadernados, brillantes, regalo del Ministerio de Relaciones Exteriores. El fichero no tenía enmiendas. Recordar los títulos era muy fácil. Y he ahí que Unamuno, vistiendo su gruesa pelliza, se hizo presente. Sin mirarme, formuló la terrible pregunta:

—¿Tienen ustedes *La vida de las palabras*, de Darmésteter?

—Creo que ese libro no existe en nuestro fichero.

—La palabra “creo” no debe ser pronunciada por un bibliotecario. Pediré al Ministerio que lo echen del cargo.

Ante la reacción insólita, mis veinticinco años se volcaron en furiosa respuesta. Imaginé que, de un solo manotazo, mis nervios habían derribado a un coloso de carne y hueso. Pero no fue así, porque Unamuno, sonriendo, me invitó a desayunar con él. Entonces supe las virtudes de ese libro, que tantas horas agradables me ha deparado en mi vida.

—¿Podría acompañarme al centro de París? debo sembrar una serie de artículos en varias revistas.

Aquella mañana, por vez primera, escuché las palabras directas de aquel hombre huracán y sabio, soñador y con los pies demasiado hundidos en la tierra. El pensador monologaba sin descanso. Cada tres pasos, y detenía para tomar impulso. Comentaba los acontecimientos políticos y literarios, decía sus juicios como si fueran sentencias del Eclesiastés. Los grandes hombres de España, en quienes la juventud tenía puesta su esperanza, eran derribados de un soberbio golpe excluyente. Decía

que los novelistas contemporáneos habían escamoteado la realidad. Los filósofos jugaban con vidrios de colores. Y los políticos no conocían las cogitaciones de Aristóteles. En fin, España, en aquel momento, era un panorama cerrado, un yermo, sin una flor auténtica, con infinitos pájaros agoreros, de canto estridente.

Enfiló hacia los dominios de la poesía catalana. Allí encontró valores, voces fuertes, verídicas. En el centro de la Plaza de la Concordia, hube de escucharle la recitación de innumerables poemas. Diríase que su fortaleza humana se había amurallado. Imposible penetrar en su intimidad. Hasta que pude murmurar:

—Don Miguel, su novela *Nada menos que todo un hombre* tiene influencias de Vargas Vila. Recuerdo *El motín de los retablos* . . .

Fue un trueno colosal. Estábamos clavados en una red de coches.

—Esa ligereza; bien merece que lo invite a almorzar. Vamos, no se amilane. ¡Los críticos necesitan alimentarse!

Y supe que Unamuno era cliente de un restaurante chiquito, en donde los mozos le prodigaban delicadezas casi maternas. Incluso adivinaban sus rarezas y afanes gastronómicos, a veces tan complicados como su filosofía.

—Mire, joven, mi novelita ejemplar me la saqué del alma, no tuve necesidad de leer a nadie. ¡Para qué! Todo el problema de la literatura consiste en saber lo que la vida nos dice. ¿Ha oído usted cómo gritan y se retuercen las células nerviosas? ¡Revise las conexiones que hay entre los amores y las tonterías pedagógicas! Filtre en su corazón los ruidos de la calle y los aromas del hogar.

—Pero, don Miguel . . .

—¡No hay pero que valga! Ustedes los aprendices de la pluma están envenenados por esos cuadernitos de la revista "Índice". Varios ganapanes intelectuales han dicho lo mismo que usted.

Frugal en extremo fue nuestro almuerzo. Variado, sin duda, porque Unamuno aprovechó la presencia de unas alcachofas, "flores verdes sin gracia", para disertar en términos de botánica trascendente. Por la tarde, seguimos nuestro paseo. En la redacción de "Le Populaire", el maestro fue recibido con los honores de un héroe existencialista. Hubo discursos improvisados, fotografías. El pensador español fue cazado en una "pose" inconfortable. Entre sus manos, aprisionaba una gran bola de pan, ennegrecido por el frecuente manoseo.

Cierta noche, al Colegio de España, llegó Pío Baroja, serio, altivo, irónico. Jamás se reunieron para charlar. Cada uno tenía su público. De lejos llegaban los golpes y las estocadas. Decía Baroja:

—Nada quedará de lo que ha escrito ese mochuelo que se llama Unamuno.

Para recompensarlo, don Miguel tronaba:

—¡Ah, don Pío es un misántropo, un introvertido, discurre “en zapatillas” por los caminos de la Gramática. Alguien ha dicho que aúlla como esos lobos de su Vasconia.

Pocos días después, en un acto oficial, oí un discurso del Presidente Lebrun. Dijo en un acápite: “Ante don Miguel de Unamuno, Francia entera se inclina”.

Baroja murmuró a los estudiantes que le oíamos:

—Y lo más triste es que todo eso parece verdad. ¡Hay gente tan impresionable!

Están lejos esas indignaciones. Al recordarlas ahora, un jirón de mis horizontes estudiantiles de antaño se me ha venido encima con su lastre de alegrías y de tristezas. Me suena a terrible broma una “gracia” de aquel gran hombre:

—Dígale a Baroja que le mande sus “obras completas”. Pero que estén encuadernadas “en su propia piel”.

Entre los diversos actos oficiales de inauguración del Colegio, se anotó una conferencia de don Miguel. El salón rebosaba de pecheras almidonadas y de nerviosas espaldas desnudas. Los diplomáticos, dispuestos en honorables escaños, atisbaban el grueso chaleco de Unamuno. Y comenzó la disertación, en un francés clásico y troglodita. La voz del conferenciante surgía de ocultos hontanares, para derramarse en modulaciones incomprensibles. Ahí estaban el fatídico paralelismo de las historias francesa y española, una lucha de siglos, la espada de un rey “Caballero”, la Dama de Elche comprada por un aventurero, los toros asirios que, en las salas del Louvre, le brindaban al busto ubérrimo verónica y muertes de lucha. Hubo en el público una vibración de sobresalto. Las verdades y los errores eran, en labios de Unamuno, disparos inmisericordes. Sonreía el Presidente Leblun. El Ministro de Educación se abanicaba con el programa, los secretarios de la Embajada Española no acertaban a desentrañar el rumbo de la conferencia. Y en los cielos, nubes maléficas.

Como una interpolación, Unamuno arremetió contra los poetas universitarios. Decía que Paul Valéry era el caso típico de un cerebro cuajado por los silogismos.

Y para buscar los términos de la ecuación internacional, brotaron los nombres de Luis Cernuda, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Gerardo Diego y Dámaso Alonso, rapsodas intelectualizados, concedores de la estalística, malabaristas de la palabra, tal vez fríos y muy gramaticales en la

motivación de sus trinos y espirales líricas. Don Miguel repetía sus viejas concepciones. "La poesía descende, avasalladora, del canto, no puede surgir de la simple verborrea".

Terminó la conferencia. Los periodistas llenaron el recinto de disparos lumbrosos. Un jovencito alemán, que conversaba con Fernando de los Ríos, formuló a Unamuno ciertas preguntas en torno a la cultura. Y entonces, se produjo uno de esos fenómenos discursivos, tan frecuentes en el autor de *Contra esto y aquello*, tan pletóricos de aparentes antinomias, si bien ricos en vivencias y en premoniciones humanas. "Anote en su cuadernillo, joven corresponsal, pero no falsee mis declaraciones. No es fácil saber escuchar. Escribir es más sencillo que leer. La mayor parte de los escritores que yo conozco, desgraciadamente, no saben leer. Digerir es una de las más arduas tareas. Gente apresurada ha dicho que la Cultura trata de conformar a la humanidad en una unidad espiritual. Yo todavía no he llegado a conseguir mi propia unidad. Llevo en mí un pueblo en guerra civil. Y eso me produce grandes sufrimientos. Para mí, la Cultura tiene serias dimensiones religiosas".

Ante un gesto de extrañeza del joven alemán, Unamuno siguió descubriendo. Sin duda, volvía a imaginarse empinado en la tribuna. "Los españoles somos puntillosos y complicados. No concebimos la paz, sino la guerra. Frente al ejército somos antimilitaristas, el clero nos desata la posición filosófica anticlerical. Nuestros hijos conocerán la antipedagogía. ¡A nuestra pobre juventud se la martiriza con los textos de proyección cultural! Es necesario que los jóvenes se formen solos. La pedagogía lleva en sí el verme de la fatiga. ¡Pobres muchachos!"

Por breves instantes el silencio se había enseñoreado. Pronto se dejaron oír los disparos unamunianos. "Yo creo que el espíritu hace la lengua. Hegel es la lengua germánica. El cartesianismo es la lengua francesa que habla, la escolástica es el latín que piensa. En España la filosofía está en las entrañas de su lengua... ¡Ah, veo que me pierdo! Tengo el gran talento de improvisar. ¡Siempre improviso! En Barcelona, cierto día fui al Manicomio para visitar al director, buen amigo mío. Uno de los pensionistas quería conocerme. El pobre me preguntó: "¿Es usted el Unamuno auténtico? ¿No será el que vive en las hojas de los periódicos?" Desde entonces he tenido mis dudas. ¿Seré el que yo conozco? ¿Quizás el que los otros conocen, es decir, el hombre histórico que no es de carne y hueso? El oráculo griego ha dicho: "Conócete a ti mismo". Pero yo digo: "Conoce a los demás". Conocerse es tarea imposible. Durante toda mi vida he luchado por defender mi propia individualidad. De ahí el sentido filosófico de mi fervoroso amor a la soledad. Quiero encontrarme, vivir en mi intimidad".

Don Pío Baroja, encogiéndose de hombros y dándose palmaditas en la frente, explicó: “Esas manías existencialistas son algo así como el cubismo de la medicina”.

Y sonriendo, creyó necesario fijar la congruencia anímica de dos figuras humanas distantes: “Cuando Unamuno pronuncia una conferencia, me acuerdo de “La Pasionaria”, mujer de muchas campanillas y de no pocos arreos. Ambos simulan estar lavando montones de ropa sucia en una descomunal artesa campesina. Veo que habré de estudiar algún folleto marxista y esos malabarismos protestantes de Soren Kierkegaard”.

Corpus Barga, eximio periodista, trataba en vano de anotar en su mente los sesgos de aquel acto oficial. Sólo acertó a decir: “¡Vaya crónica!”.

Don Fernando de los Ríos, diestro en la modulación francesa, maestro en la fonética “perfeccionada”, fue el artífice en limar asperezas. “Vayamos todos, y yo el primero . . .”

El ágape estaba servido en los amplios salones. El champagne crepitaba en las esbeltas copas. Unamuno cantó sus excelencias con un “bien frappé” excluyente. Esas palabras depositaron en la mesa fríos polares y cerros de nieve.

Transcurrieron los días. Y aquellos hombres que el azar había reunido partieron hacia los puntos cardinales de su espíritu. ¿Qué nos habían dejado? ¡Acaso la finísima urdimbre de su angustia, los hilillos de sus reteles filosóficos, la seguridad de que los seres humanos no pueden saltar más allá de su propia sombra!

Como última silueta, Unamuno enmarcado en la ventanilla de un vagón de ferrocarril. Y allí su barbita, los ojos encendidos, su pelliza cual plumaje de mochuelo inquisitivo.